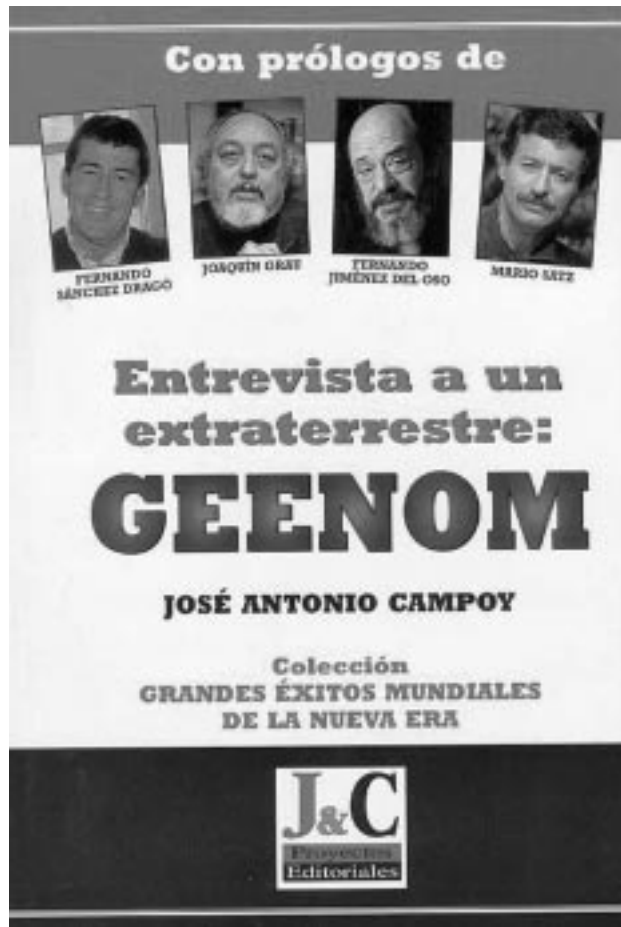


Conversaciones extragalácticas y tomaduras de pelo

Tras dos años de ardua labor en la sombra, José Antonio Campoy, director de la revista *Más Allá de la Ciencia*, ha publicado un libro de difícil calificación: unas veces parece un tratado de *risoterapia*, otras, un catecismo para iluminados de la Era de Acuario o Nueva Era, y las más, una fuente inagotable de tópicos para crédulos con atrofia irreversible del sentido común.

Campoy mira por encima del hombro al proyecto SETI y similares, ya que él tiene una solución que hace obsoleta cualquier otra tecnología de búsqueda y contacto extraterrestre, la conexión telepática. Y lo deja bien claro: ¿para qué usar tecnología “sophisticada y de punta si uno puede comunicarse a la velocidad –aparentemente– instantánea del pensamiento”?¹ En el viejo y superado paradigma científico, los móviles solían tener, sobre todo por norma de buena conducta, velocidad instantánea, que era la velocidad que llevaban en cada instante; en el *nuevo paradigma*, eso no siempre es así. Por ejemplo, el pensamiento debe viajar tan deprisa que la velocidad instantánea sólo es aparentemente instantánea; esto es, que la velocidad que lleva en cada instante sólo aparentemente es instantánea, que diría Groucho. ¿Qué es entonces? No se sabe. Por eso, y ya en el curso de la *Entrevista a un extraterrestre: Geenom*, el libro que comentamos, al preguntarle al sabio extraterrestre por



Campoy, José Antonio [1997]: *Entrevista a un extraterrestre: Geenom*. Prologado por Fernando Sánchez Dragó, Joaquín Grau, Fernando Jiménez del Oso y Mario Satz. J&C Proyectos Editoriales (Col. “Grandes Éxitos Mundiales de la Nueva Era”). Madrid. 253 páginas.

la velocidad del pensamiento, éste le contesta, saliéndose por la tangente, que es muy grande; que se ha intentado medir varias veces, pero sin conseguirlo.

La telepatía permite una rápida comunicación entre entrevistador y entrevistado, aunque este último diga encontrarse en un planeta de la estrella Alfa B,

constelación de Centauro, a unos 4,39 años-luz de la tierra;² lo malo es que, por razones que Campoy no explica, la comunicación directa mente-mente no es posible, y hay que recurrir a trucos de *alta tecnología*, como es un tablero (de madera; los metálicos interfieren con las “ondas del pensamiento”) de forma circular, lleno de letras en los bordes, que se seleccionan mediante un bote de yogur (una *ouija*, para los que entienden de esto). El frasco se mueve empujado más o menos al unísono por un dedo de cada uno de los dos *intérpretes*, miembros del grupo de *contactados* Aztlán, que se ponen a la tarea. Luego, uno de ellos, generalmente una mujer que, mensualmente, en la revista *Más Allá de la Ciencia*,³ mantiene un *duelo a muerte* con la Física, uno de ellos, repito, va formando verbalmente las palabras con las letras que señala el vasito de yogur. Claro, por muy rápidos que sean con los dedos, ir descifrando según este método el mensaje extraterrestre lleva su tiempo. De ahí que la gestación de este inefable libro durase, como se dijo al principio, más de dos años.

Ya hacen falta tragaderas para creerse todo este montaje del grupo Aztlán; pero si al menos las respuestas que los *contactados* ponen en boca de su *guía extraterrestre* –¿tendrá boca Geenom?– fuesen medianamente sensatas, más o menos de sentido común, y no estuviesen

plagadas de errores científicos y de toda índole, el entrevistador tendría alguna excusa para justificar su credulidad sin límites en el grupo y en su *guía*. Pero es que dichas respuestas representan un rebuscadísimo ejercicio de disparates antológicos, de forma y manera que los cuatro prologuistas,⁴ cuatro, amigos del autor y con rango cada uno, como menos, de capitán general con mando en plaza de las que Sánchez Dragó llama *cohortes esotéricas*, se reservan muy mucho su opinión sobre la veracidad del supuesto extraterrestre, como si tratasen de salvar algunos gramos de sentido común del gran naufragio en el mar de la credulidad más desbordante al que casi se ven abocados por su condición de introductores y padrinos de Campoy en esta su primera aventura en el mundo de los libros.

Entrevista a un extraterrestre: Geenom, no se lo pierdan, tiene una especie de blindaje contra la munición escéptica: por un lado, Sánchez Dragó advierte en su prólogo que el autor “se cura al respecto en salud... avisándonos de todas y cada una de las hipótesis desjarretadoras que los escépticos –él mismo lo es–⁵ podrían aducir para buscarle cinco pies al gato de la presunta extraterritorialidad de las conversaciones galácticas que aquí se transcriben...”.

Pero, claro, si contemplamos las hipótesis alternativas a esta conversación galáctica, nos encontramos que, después de rechazar con argumentos muy endeblados un presunto cortocircuito telepático entre los miembros de grupo Aztlán, el autor nos habla de comunicación con espíritus descarnados, el inconsciente colectivo, los archivos Akáshicos, los campos morfogenéticos del inefable Sheldrake, y hasta el modelo holográfico del cerebro. Ante estas alternativas, no deben extrañarnos las palabras finales de Campoy: “De todas las hipótesis sugeridas para intentar explicar esta singular experiencia, ésa [que el interlocutor es verdaderamente un extraterrestre] es la que a más gente de mi entorno le parece la menos fantástica. ¿Y a usted?”. (Hombre, si es a mí a quien pregunta el autor, le diría sin reparos que los del grupo Aztlán le han tomado el pelo con un des-

parpajo increíble.)

La otra placa de blindaje la pone el propio Campoy diciendo que, al haber cedido los derechos de autor al grupo Aztlán, se ve libre de que los escépticos le acusen de que detrás de todo esto no hay sino razones económicas (aquí, el autor, dice las únicas cosas sensatas que aparecen en las más de 250 páginas del libro, al anotar que algunas personas considerarán esto “como un disparatado montaje... el delirio fantasioso de una mente exuberante”).

¿Merece la pena comentar algunas preguntas y respuestas, muchas del tipo: “pregúntame un sin sentido que yo te contestaré con una majadería”? La verdad es que no sabría por dónde empezar. Ya, desde el principio, un error en la edad que el grupo

Un error en la edad que el grupo Aztlán asigna a su 'guía cósmico' permite a Campoy machacar en dos líneas de nota a pie de página la teoría de la relatividad de Einstein

Aztlán asigna a su *guía cósmico* permite una nota de Campoy a pie de página en la que machaca en dos líneas la teoría de la relatividad de Einstein; sigue la conversación sobre una teoría de la evolución que más parecen versiones mejoradas de programas de ordenadores (versión 4.3, 6.2, etcétera); luego, se compara el cerebro con una emisora de radio capaz de emitir en onda corta, onda media y frecuencia modulada (claro que para eso hay que decir que Geenom postula que el pensamiento “no es materia, sino energía electromagnética *sublimada*” (la cursiva es nuestra); se habla de energías a granel y de colorines, incluyendo algunas absolutamente desconocidas por esta ignorante humanidad, como la *energía vóntica*, que permite “expandir el espacio interatómico sin perder la energía de cohesión con la consiguiente carga electromagnética, de tal manera que, de forma instantánea, la nave [un ovni, se supone] puede alcanzar un tamaño de varios

centenares de kilómetros...”.

Es realmente imposible seguir comentando el texto. Los despropósitos se van acumulando de manera que es tarea inútil expurgar, entre tanta mezcla de pseudociencia, máximas de ética trasnochada, mensajes y profecías apocalípticas, y consejos para andar por casa recargando las energías como si de pilas eléctricas se tratase, aquellos asuntos más hilarantes, aquellos pasajes de barroca imaginación *New Age*, aquellos tropezones de la sopa de letras que se nos quiere hacer pasar por *sopa de nuevos paradigmas*.

Dos observaciones finales: el racismo ramplón que aparece de vez en cuando en el texto –como que las razas se deben a distintas colonizaciones de nuestro planeta por extraterrestres de procedencias diversas–, y la seguridad de que el prestigio del autor como “azote de viejos, ortodoxos y oficiales paradigmas científicos”, y crédulo comulgante con ruedas de molino, que, según sus propias palabras, arriesga en éste su primer libro,⁶ no sólo no se ha resentido por ello, sino que se ha afianzado sólidamente.

FERNANDO PEREGRÍN

¹ Quintana, Carmen [1997]: “El director de ‘Más Allá de la Ciencia’ entrevista a un extraterrestre durante más de dos años”. *Más Allá de la Ciencia* (Madrid), N° 100 (Junio), 36-45.

² ¡Vaya sitio más mal elegido por el grupo Aztlán para morada de su *guía cósmico-espiritual*, en exclusiva, Geenom! Podían haberse molestado en buscar un lugar más plausible. ¡Con lo grande que es el Universo!

³ María Pinar Merino, encargada de la sección “Las leyes del espíritu” en *Más Allá de la Ciencia*.

⁴ Por orden de aparición: Fernando Sánchez Dragó, Joaquín Grau, Fernando Jiménez del Oso y Mario Satz.

⁵ ¡Sánchez Dragó llamando escéptico a Campoy! El iluminado y heterodoxo autor de *Gárgoris y Habidis* siempre con sus bromas...

⁶ Ha quedado a salvo, en mi opinión, la lucidez del sector de editoras profesionales. Ninguna ha querido editar el libro, que ha sido publicado por su autor, dentro de una imaginaria y pomposa colección: “Grandes Éxitos Mundiales de la Nueva Era”.